

**Publicado en:**

*adrià pina concepte-objecte*. GALERIA GRECA - ART CONTEMPORANI  
BARCELONA, JUNIO – JULIO 2003  
D.L.: B-25301-2003

## **LA INTELIGENCIA DE LA SONRISA**

Si ponemos la obra de Adrià Pina en el archivador de las clasificaciones, ¿podemos definir su estilo como pop? El trabajo de Pina tiene unas claves y unos registros que hacen pertinente esta categorización. Utiliza elementos procedentes de la cultura de masas, tiene un tono juguetón y descontextualizador, y transgrede la ortodoxia de ciertas imágenes que forman parte de la historia del arte. También juega con la ironía y los dobles y triples sentidos.

Pero ¿de qué tradición pop es heredera su trayectoria? El trabajo de Pina es demasiado mediterráneo para buscar unos vínculos estrechos con el pop anglosajón, que tiene una tendencia no sólo a rehusar la sociedad de consumo de la cual se alimenta, sino también a distanciarse de otras corrientes artísticas. Cuando Pina se sitúa en un espacio determinado, no es porqué quiera huir de otro territorio creativo, sino sencillamente porqué busca en cada momento aquello que como artista más le place, con independencia de las condiciones de mercado y de la moda del momento. Esto permite que su obra, aunque pueda referirse a situaciones generadas en un momento social determinado, respire siempre un aire fresco.

Si no sigue la línea de un Warhol, en los Estados Unidos, o un Hamilton en Gran Bretaña, por citar casos históricos, ¿lo podemos situar en una tradición de proximidad geográfica como podría ser la de los Nuevos realistas en Francia? No. Hay demasiada lejanía generacional para que el equipaje de Pina esté relleno de todo tipo de referencias artísticas que no busquen más fidelidades que las del propio deseo del artista.

Queda la tradición pop española de los años sesenta y setenta. Equipo Crónica, por ejemplo. Seguramente Pina aprecia este trabajo, pero el compromiso del artista con la sociedad es de otra naturaleza. Tampoco podemos vincular a Pina en un pop festivo, desarrollado sobretudo en tierras valencianas desde hace un par de décadas, que gusta por su complicidad evidente, pero que pronto flaquea por ausencia de sustancia.

Si no está cerca de alguna de estas corrientes, ¿porqué insisto en clasificar de pop la obra de Pina? Pues, precisamente porqué la razón de su trabajo se encuentra en la voluntad de dimensionar la cotidianidad y las cosas que se suelen minimizar. Por ejemplo, el mundo de la infancia. A menudo, el vocablo infantil aplicado a un objeto, actitud o concepto rebaja su consideración. No lo entiendo, dado que el proceso debería ser a la inversa. La infancia tiene la fuerza del impacto de aquello que se descubre de nuevo. Todo está pendiente y la energía que conlleva cada nuevo descubrimiento no se puede comparar con nada. Pina hace el esfuerzo de trasladar esta capacidad deslumbradora al mundo de los adultos. En su trabajo conserva la capacidad de sorprendernos como si todas sus miradas fueran la primera.

Por consiguiente, su arte resulta entusiasta, y hace que se encuentre situado a igual distancia del aspecto juguetero y de los conceptos profundos. Aquí es dónde radica su singularidad. El arte español comprometido ha estado frecuentemente ligado a la afectación, a la tragedia y al sufrimiento. Difícilmente se ha hecho un arte alegre sin caer en la banalidad, y Pina sabe ser profundo sin empalagar. Sabe ser clarividente sin tener que adoptar una expresión grave. Esto es lo que la sociedad precisa: alegría e inteligencia.

Así lo constatamos en sus últimos trabajos. Después de explorar artísticamente la fascinación urbana, la sensación de padecimiento y de haber explicado que todo en la vida - sobre todo el arte - es como un juego, Pina sintetiza sus obsesiones artísticas en una exposición donde enlaza las necesidades del espíritu con el más directo hedonismo. La serie de los ratones es emblemática de este caso. Son piezas que provocan, después del primer impacto de simpatía, una reflexión que va más allá de la simple anécdota narrativa. Pina también nos hace disfrutar de la alegría de vivir con una serie de cajas - la caja es para Pina el mítico cuerno de la abundancia de donde extrae toneladas de fantasía - que hacen triples saltos mortales de significación. El lápiz, instrumento primario del proceso creativo, se transforma en la metáfora de la persona. Cada lápiz es único, pero también forma parte de un colectivo.

La caja - de nuevo la caja - de lápices es como un pedazo de la sociedad. Y del individuo y de su vida en sociedad también habla la obra de Pina, aunque sea mediante objetos que sobre una mesa nos parezcan insignificantes, pero que en los cuadros del artista obtienen todo su dimensión y significación.

**Jaume Vidal**

Periodista, crítico de arte